



Adriana Puiggrós e Ignacio Frechtel

María Luisa Eschenhagen

Educación y complejidad ambiental en América Latina



María Luisa Eschenhagen es una de las principales referentes latinoamericanas en materia de educación ambiental, y sus numerosos trabajos son abordados en los diversos foros e investigaciones que tratan el tema. Es profesora en la Universidad Pontificia Bolivariana en la sede de Medellín, y es parte del grupo de investigación Territorio, de modo que sus trabajos también son leídos en sectores sindicales.

En Argentina ha participado en eventos organizados por la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA), y sus ideas y aportes constituyen material de reflexión en el marco de la educación ambiental de todo el continente.

Entre sus publicaciones recientes se destacan “Fundamentos de la educación ambiental superior y propuesta metodológica para su puesta en práctica”, en Carrizosa Umaña et al., *Consideraciones de la Ambientalización en la Educación Superior. Desde una Colombia Compleja en clave del Pensamiento Ambiental colombiano*, Bogotá, Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, 2021; *Repensar la educación ambiental superior: puntos de partida desde los caminos del saber ambiental*, Ed. Universidad Pontificia Bolivariana, 2016. <https://repository.upb.edu.co/handle/20.500.11912/9722>

RAIE: María Luisa, ¿qué podrías decir acerca de los antecedentes de la educación ambiental en América Latina?

MLE: La verdad es que llevamos largos años trabajando en la materia y ha sido muy interesante ver cómo se ha consolidado en América Latina, sobre todo considerando las diferencias con Europa. Creo que es importante señalar que según el lugar de enunciación hay perspectivas diferentes sobre la educación ambiental. Mientras que en Europa, desde Estocolmo, ha estado más enfocada en la ecología y en la concientización ecologista y conservacionista, América Latina siempre ha estado más ligada a los movimientos sociales y a la realidad sociopolítica y económica. Yo creo que ese es un asunto bastante importante. El otro punto tiene que ver con la conferencia de Tbilisi,¹ donde se llamó la atención a todos los continentes instándolos a tener una red de formación ambiental. Sin embargo, la única región que consideró esto fue América Latina, bajo la coordinación de Enrique Leff. Diez años más tarde, en 1985, dicha red se consolidó y jugó un papel muy importante, porque a partir de ahí se empezaron a realizar diferentes seminarios de capacitación, de formación a nivel latinoamericano. En adelante, se observa cómo emerge el tema desde lo gubernamental en Argentina, Brasil, Colombia, y empiezan a surgir leyes y programas de educación ambiental que van fortaleciendo este proceso. Yo creo que eso difícilmente

hubiera sido posible sin esta red de formación. Además, es importante señalar que en 1985 se realizó el primer seminario de Universidad y Ambiente en Bogotá, y en 1999 fue el encuentro de Cali, donde hubo un marco teórico para cuestionarse cómo debía ser fundamentada la educación ambiental en las universidades, haciendo especial hincapié en la interdisciplinariedad. También se deben resaltar los congresos iberoamericanos de educación ambiental, que generaron un material muy interesante. El último grande se realizó en San Clemente del Tuyu, Argentina, en 2009. Recuerdo que éramos como cinco mil personas, no se ha vuelto a hacer algo así. Hubo otro más pequeño en Perú, pero desafortunadamente los gobiernos no han propiciado que se sigan organizando encuentros de esa magnitud. Sería bueno retomar la iniciativa y también rescatar el material de entonces, porque se ha hablado mucho de educación ambiental en América Latina y hoy está siendo cooptado por la educación para el desarrollo sostenible.

Justamente quería preguntarte acerca del uso de las categorías “desarrollo sostenible” y “desarrollo sustentable”, y sobre las diferencias entre la dimensión ambiental y la gestión ambiental, porque entiendo que hay discusiones fuertes al respecto.

Sí, efectivamente. Para algunos es una discusión que no tiene sentido, y otros le encuentran un sentido muy grande. Yo pienso que conviene contextualizar el uso de estas categorías. Me parece que hay que hablar de tres cuestiones. Por un lado, de los discursos ambientales dentro de los cuales se enmarca

1. Conferencia Intergubernamental sobre Educación Ambiental realizada en Tbilisi (URSS) por la UNESCO y Pnuma, 14-26 de octubre de 1977.



lo sostenible y lo sustentable; por otro, la cooptación de la educación ambiental por el desarrollo sostenible, y por último, de la instrumentalización de la educación para algo. En cuanto a los discursos, hablar de ambiente nunca es una cuestión neutral ni objetiva, y cuando se hace referencia a lo *verde*, a lo *eco* o a lo *bio*, no siempre se está hablando de lo mismo. Hay vertientes bastantes diferentes y el peligro está en pensar que nos entendemos y, sin embargo, nos referimos a cosas distintas e incluso contrapuestas; entonces, hay una trampa. De ahí la importancia de conocer los discursos para identificarlos, pues también en lo ambiental se pueden encontrar posiciones que van desde el ecofascismo hasta el eco-anarquismo, entonces hablar de *verde* ya no es lo mismo. Tenemos que reconocer que el tema está atravesado por intereses políticos, económicos y culturales, no hay neutralidad. En ese sentido, cuando uno habla hay que sincerarse y dejar sentado el lugar de enunciación, desde dónde estoy hablando, y para eso necesito identificar los fundamentos teóricos y filosóficos. A grandes rasgos, lo sostenible y lo sustentable son dos propuestas diferentes, sobre las que no voy a profundizar pero sí aclararé brevemente. El desarrollo sostenible fue una suerte de reemplazo de lo que fue el ecodesarrollo, del que se hablaba en las vertientes más altas en las Naciones Unidas. Estábamos en plena Guerra Fría, en un mundo bipolar, y como el ecodesarrollo tenía visos socialistas se dejó de utilizar y se impuso el concepto de desarrollo sostenible, cuyas bases teóricas están en el Informe Brundtland que, como sabemos, tiene una perspectiva

liberal que en ningún momento pone en cuestión la idea de desarrollo como crecimiento económico. Gudynas, por su parte, no hace diferenciación entre sostenible y sustentable pero habla de desarrollo sostenible débil, fuerte y súper fuerte, y desde esa perspectiva el desarrollo sostenible sería el débil. Señala que la justicia social y ecológica es improbable ahí, mientras que en el desarrollo fuerte y en el súper fuerte sí son posibles, lo que también deja ver que se juegan posiciones política y económica detrás de estos conceptos. También es importante conocer la trayectoria del pensamiento ambiental latinoamericano, que siempre ha estado ligado a los debates desarrollistas, pues América Latina se ha posicionado frente a lo que es el desarrollo en sí y frente al desarrollo sostenible. De alguna manera, el desarrollo sostenible, o sea el débil, ha sido impuesto por las Naciones Unidas y esto ha sido muy criticado. Lo cierto es que si realmente fuera tan eficiente y útil la propuesta del desarrollo sostenible que venimos utilizando desde hace treinta años no tendríamos los problemas ambientales que estamos viviendo, las sequías, las inundaciones y las quemadas a nivel global. Claramente ya no se puede negar la existencia del cambio climático, y América Latina siempre ha tenido una posición crítica frente a lo que es el desarrollo sostenible.

Desde el punto de vista teórico, ¿cómo te parece que sería la relación entre el concepto de desarrollo sostenible y la razón instrumental que domina nuestra época?

El desarrollo sostenible se inscribe en una perspectiva economicista, en

una economía basada en formas de conocer modernas que, como diría Enrique Leff, fragmentan el mundo, lo simplifican e impiden ver la complejidad ambiental. En este sentido, el desarrollo sostenible se apoya en la economía ambiental, que es diferente a la ecológica, y está ligada a las teorías clásicas y neoclásicas de la economía; por lo tanto, es prima hermana de la racionalidad instrumental. Eso es justamente parte de la crítica que se le hace al desarrollo sostenible en términos objetivos, después de la década de la educación para el desarrollo sostenible y sus objetivos, los ODS. En función de esto, lo que se plantea es si no se trata de una nueva forma de colonialismo para imponer un cierto modelo de desarrollo, cuestionando dónde queda la diversidad, dónde las diferencias y dónde la soberanía de los países para definir qué tipo de desarrollo quieren.

El tema de la soberanía me interesa particularmente. La vinculación entre la educación y la soberanía es algo que se está perdiendo. Y, a partir de las declaraciones o regulaciones de los organismos internacionales es como que se diluye la categoría de soberanía, más aún, en el marco de los grandes procesos políticos mundiales que estamos viviendo. Como decías, el tema ambiental es absolutamente fundamental y también la educación ambiental en relación con la soberanía. ¿Te puedes explayar un poco más sobre eso?

La cuestión sería observar los últimos diez años respecto de la educación para el desarrollo sostenible, la imposición de los objetivos para ese desarrollo, cómo se están asumiendo esas metas

impuestas por el Norte Global que están apoyadas por los ODS. Me refiero a los criterios para homogeneizar los indicadores respecto de los cuales hay muchas críticas, porque a nivel global nos están alienando, nos llevan a pensar de una cierta manera y a funcionar en ciertos términos según esos indicadores. Sin embargo, discutir y criticar las metas de los ODS es muy difícil porque son muy loables, hablan de la erradicación de la pobreza, del fortalecimiento de la salud y de la educación, etcétera. Pero se trata de las mismas metas para el desarrollo planteadas en la década de 1950, cuando Truman habló y estableció el concepto de desarrollo y de países subdesarrollados. Desde esos años estamos hablando de esto, y ahora se nos dice que vayamos en una sola línea, la de los ODS como indicadores medibles, para garantizar el financiamiento. Los países cada vez revisan menos o proponen menos otro tipo de desarrollo, cada vez es más sistemática la imposición de un solo modelo de desarrollo, y eso me preocupa, sobre todo en las universidades. Existe un documento que se llama “Acelerando la educación para los objetivos del desarrollo sostenible” (2020), que busca alinear a las universidades para que funcionen en una sola dirección. Y ahí es donde creo que se está perdiendo la perspectiva crítica universitaria, pues las universidades también se benefician con los financiamientos y, por lo tanto, deben seguir los ODS, entran en ránquines y pueden promocionarse si son *verdes*. Es una cuestión bastante delicada.

Claro, la homogeneización de los indicadores y los diversos ránquines que



se establecen son de alguna manera instrumentos de control y de ocultamiento de las diferencias. Y esto, en el conjunto de la educación, y en particular en las universidades, está produciendo un impacto subjetivo enorme, no solo en materia de financiamiento sino en la formación. En ese sentido, quería preguntarte cómo te parece que puede contribuir el saber universitario a las políticas de sustentabilidad ambiental, en un panorama en el que el financiamiento, y por ende la necesidad de permanencia de los investigadores en temas ambientales, obligan a adaptarse a ciertas normas. En definitiva, ¿qué otro tipo de saber universitario deberíamos tratar de desarrollar? ¿Influyen las corrientes aceleracionistas?

Primero quisiera abordar el punto de la aceleración, porque estamos en una época en la que los problemas son cada vez más inminentes, cada vez más agudos, y se siente la necesidad de actuar ya. Entonces, claro, las metas de los ODS nos dan instrumentos muy precisos y nos dicen que tenemos que hacer tal y cual cosa para cumplir, y a veces ese *accionismo* ciego no nos da el tiempo necesario para reflexionar. Creo que las universidades deben reivindicar su espacio de debate, de profundización, y preguntarse justamente de dónde viene lo que sucede y hacia dónde va. Porque lo que se observa también es que muchas de las preocupaciones tienen que ver con hacer las investigaciones que nos están pidiendo, determinar su impacto en los próximos tres años y la forma de medir ese impacto. Sin embargo, en lo social no hay indicadores de hoy para mañana, se trata de procesos largos,

pues las transformaciones sociales no son lineales y no es posible decir que tal investigación tendrá tal impacto. Sin embargo, a eso nos obligan en este momento en las universidades; entonces, cumplir con eso en la necesidad de hacer algo nos quita la oportunidad de profundizar y entender las trayectorias. Creo que ahí hay una diferencia fundamental con la formación técnica, pues la formación universitaria profundiza para contextualizar y comprender mejor los problemas, lo que por supuesto no quita el hecho de hacer propuestas concretas y fundamentadas. Yo creo que la pregunta debería ser cuál es la responsabilidad de las universidades, para qué nos formamos en las universidades, ¿para ser funcionarios del Estado, para crear conocimiento, para el mercado, para ser personas críticas, para la vida? El compromiso y la responsabilidad ética está en reconocer esto. Enrique Leff nos ha mostrado a lo largo de toda su obra cómo las formas de pensar modernas, las formas de conocer de la ciencia moderna han fragmentado el conocimiento, lo han homogeneizado, simplificado, han intervenido de una manera concreta en lo real, en los territorios. Se trata de una forma de pensar que reproducimos en las universidades en todas las disciplinas. Ese saber no es universitario, está más ligado a las formas de conocer modernas, con las cuales la civilización justifica y legitima su forma de actuar, de intervenir, de transformar los territorios. Es un conocimiento decimonónico mecanicista newtoniano y no comprende la complejidad ambiental. Yo creo que el reto de nosotros como profesores, como investigadores, es



ver cómo hacemos para entender en nuestro campo de conocimiento la complejidad ambiental.

En América Latina está muy presente desde hace algunos años la postura que subraya la posibilidad del rescate del pensamiento de los pueblos originarios. Algunos plantean incluso la sustitución de la cultura occidental por las culturas de origen que habrían quedado intactas a través del tiempo. Claro, hay muchas diferencias entre los pensadores al respecto, entre Enrique Dussel, por ejemplo, y otros. Me gustaría saber cuál es tu opinión.

Además de Enrique Dussel, mencionaré al movimiento de modernidad-colonialidad, para mostrar justamente esa sobredeterminación, esa hegemonía de ciertas formas de conocer modernas que tenemos en nuestras universidades y cuyo efecto es la destrucción de lo propio, de la vida. En ese sentido, creo que la modernidad-colonialidad nos puede ayudar a dislocar ese conocimiento centrado en el conocimiento moderno, y a escuchar otras formas de conocer. Porque el conocimiento moderno hegemónico, que está en nuestras universidades, que fundamenta los ODS, toda esa trazabilidad de los indicadores está basada en eso, y claramente ahí aparece otra vez la diferencia entre el desarrollo sostenible y el sustentable, como lo señala la tabla de Eduardo Gudynas (2009). En el desarrollo sostenible los otros conocimientos no están presentes, el único válido es el científico, mientras que en la sustentabilidad están presentes las diversas formas de conocer. El conocimiento moderno ha invisibilizado los conocimientos que han estado por

siglos, por milenios en los territorios, que han sabido convivir con sus territorios, y esa es la cuestión: reconocer que existen y que tenemos que dialogar con ellos. Yo vengo trabajando sobre la necesidad de ese diálogo de saberes, intercivilizatorio, sobre reconocer nuestra incompletud y la idea de que somos partes de un todo. La fragmentación, la escisión entre cultura y naturaleza que marca al conocimiento moderno es justamente una de las causas profundas de la crisis en la que estamos en este momento. Se trata de mirar hacia esos otros conocimientos y aprender de ellos, sin caer en la idealización de esos grupos, que también han sufrido quinientos años de colonización y tienen muchos rasgos que es preciso revisar. Sin embargo, creo en el diálogo de saberes y en la posibilidad de ir construyendo otras formas de conocer.

Lo último que dijiste me parece importantísimo: pese a los quinientos años de colonización, existen las diferencias y los pueblos aborígenes tienen su lenguaje pero al mismo tiempo han aprendido otros. Julio Cortázar decía en este sentido: “ya no existen islas desiertas”.

A lo que me refería cuando dije que somos parte de un todo es que somos parte de la vida que es, por definición, diversa. La diversidad es lo que le da riqueza y estabilidad a la vida, y en la medida en que vamos homogeneizando, vamos destruyendo la vida.

¿Piensas que el Covid-19 impactó en el hecho de que todos experimentamos ser parte de la humanidad en la que el virus atacaba a todos por igual?



¿Te parece que eso a su vez impactó de alguna manera en la conciencia ambientalista?

No sabría decirlo. Habría que hacer encuestas y análisis amplios para empezar a hablar al respecto. Personalmente creo que en algún momento nos dimos cuenta de que todos somos vulnerables, que somos vida que muere. En una sociedad en la cual ha intentado excluir a la muerte, cuya idea de desarrollo es sinónimo de más, en una sociedad que reivindica la juventud, que nos vende que podemos controlar la vida y nuestro entorno, la pandemia mostró claramente que hay cuestiones que no son predecibles, que no podemos planificar. Una de las promesas de la forma de conocer moderna es que conocemos para dominar, planificar, explotar, y la pandemia nos mostró que no era así. El ser humano siempre busca su seguridad, y por eso ahora intentamos recuperar una normalidad que ya es bien diferente. Y todavía nos negamos, somos animales de costumbre y nos cuesta hacer cambios, pero la crisis ambiental nos está exigiendo cambios grandes y fuertes, incluso dolorosos. La pandemia nos mostró que la vida como antes no puede seguir, y creo que en este momento,

con la guerra de Ucrania nos está mostrando que tampoco se puede seguir así respecto de la crisis alimentaria, de la crisis energética que se nos viene a nivel global. Pero pareciera que el ser humano necesita cada vez golpes más fuertes para entender que tiene que cambiar su estilo de vida. No es nada sencillo.

En ese sentido, el diálogo Sur-Sur es extremadamente importante. La guerra impone esto como una urgencia casi vinculada con la sobrevivencia, ¿no? Para cerrar, ¿te gustaría agregar algo?

Sí. Volviendo a la educación ambiental en las universidades y a la importancia que tienen estas, me gustaría enfatizar que la educación en general debe formar criterios ambientales, es decir, cualquier profesional, en cualquier carrera, debería ser capaz de vincular su quehacer con la complejidad ambiental, y tener criterios para intervenir, entender si aporta o no a la capacidad de reproducción de la vida a largo plazo sobre el planeta Tierra, si lo que hace afecta la vida. Yo creo que en las universidades estamos en deuda respecto de la formación en esos criterios de manera transversal.

BIBLIOGRAFÍA

- Red Española para el Desarrollo sostenible. (2020). "Guía SDSN: Acelerando la educación para los ODS en las universidades". <https://reds-sdsn.es/accelerating-sdg-education>
- Gudynas, E. (2009). "Desarrollo sostenible: posturas contemporáneas y desafíos en la construcción del espacio urbano". Montevideo: CLAES. <http://gudynas.com/publicaciones/GudynasDesaSustVPopularo9.pdf>

